

ra cosa le sirve de pábulo y alimento; la suerte de una carta, la vuelta favorable de un dado, y lo que sin horrorizarse, no se puede imaginar, hasta la separacion misma de Dios, y la pérdida de toda esperanza.

Hé aquí en lo que venimos á parar cuando empeñados en buscar en nosotros mismos la felicidad y nuestro bien, nos lisonjeamos de encontrarla en la triste contemplacion de nuestra excelencia propia. Y como donde no hay regla ó verdad, todo es exceso y desórden, esta especie de culto intelectual y de adoracion, que el hombre se tributa, le conduce á un desprecio excesivo de sí mismo. Fatigado de un trabajo sin fruto, y sin utilidad, se abate y envilece tanto, cuanto antes se habia querido elevar. Desprecia, desdeña su inteligencia, su razon, y la degrada hasta preferirle el instinto de los brutos. Le da en rostro, y reconviene de haberle engañado con promesas lisonjeras, y buscando en adelante un bien estar, una felicidad independiente de su alma, ama en sí sus mas ciegas sensaciones, segun la profunda observacion del Apóstol: « Teniendo oscurecido con espesas tinieblas » el entendimiento; separados de la vida de Dios por » la ignorancia que produce en ellos la ceguedad de su » corazon, se abandonan ya desesperados á la disolucion » y á todas las obras de impureza ¹. »

Pero siendo mucho mayor aquí la desproporcion entre el amor y su objeto, entre las facultades y los deseos, el hombre nunca es mas miserable que cuando se abandona, y deja dominar de los sentidos. Todo el ser moral padece entonces, y á la momentánea embriaguez del deleite ó del placer, sucede repentinamente la turbacion, el remordimiento devorador, largas y dolorosas angustias.

Lo hemos dicho, los placeres físicos, cuando el hombre apeteciéndolos por sí mismos, hace consistir en ellos su felicidad, destruyen la inteligencia, el amor, el cuerpo mismo, porque pidiendo á los órganos un bien infinito, ó

¹ Tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati à vita Dei, per ignorantiam quæ est in illis, propter cæcitatem cordis ipsorum, qui desperantes, semetipsos tradiderunt impudicitiae, in operationem immunditiæ omnis. *Ad Ephes.* iv, 18, 19.

una accion infinita; el hombre trastorna las leyes fundamentales de su ser, y rompe, quiebra el frágil instrumento que le fué dado para muy distinto fin.

Los filósofos materialistas, que no ven en el hombre mas que los sentidos, muestran una aversion, y un odio insuperable á la castidad, y esto solo basta para probar cuan perniciosa y falsa es su doctrina, aun considerada solo con respecto á la vida presente. Porque la castidad, antes de ser un deber ú obligacion moral, es una ley de conservacion que la naturaleza impone á todos los vivientes; y si ella es tambien una obligacion para el ser moral, en parte es, porque es una ley para el ser físico. Así es que los animales, si se exceptúan algunos cortos momentos destinados á la reproduccion, son castos por instinto, sin lo cual, mucho tiempo ha las especies hubieran perecido, se habrian acabado. Léjos de que la union de los dos sexos tenga por fin el deleite ó el placer, este deseado y buscado como fin, contraría directamente las miras de la naturaleza en esta union, y se encamina aun á alejar al un sexo del otro, introduciendo costumbres infames, harto comunes entre los antiguos, y justificadas y aconsejadas por los filósofos de hoy. « ¡O, y qué criatura » tan vil y despreciable es el hombre, si no conoce que » hay en él alguna cosa celestial que lo eleva de estas » cosas materiales y sensibles ¹! »

Por poco que haya conservado, no digo de conciencia, de gusto á la virtud, ni de respeto de sí mismo, sino únicamente de prevision y de razon; nunca jamás se ha oido que hombre alguno haya llegado á engañarse hasta el extremo de poner la felicidad en una pasion brutal, que tarde ó temprano conduce al último exceso de miseria, envilecimiento y degradacion. Aprenda, aprenda la fogosa juventud, contemplando las funestas consecuencias del desarreglo de los sentidos, á reprimir sus funestos apetitos, que fácilmente enfrena una voluntad decidida, y que eficazmente lo desea.

El primer efecto, y efecto inevitable de los hábitos y costumbres voluptuosas, es embotar las pasiones del alma, y excluir de ella todo otro pensamiento que no sea

¹ Montaigne.

el de los hediondos y viles placeres de que se halla esclavizada. Distruido y disipado el espíritu por deseos que se reproducen sin cesar, y rodeado de fantasmas impuros, pierde su vigor y su fecundidad; se altera todo y descaece; la memoria se pierde, el carácter se enerva y debilita, y se endurece el corazón. Ya no se sabe lo que es amar, ni tener compasión, ni derramar deliciosas lágrimas de ternura ó enternecimiento. El semblante mismo se reviste de una expresión ceñuda y desagradable. Las facciones muertas y apagadas anuncian que el manantial, la fuente de los dulces sentimientos de las emociones puras, de las alegrías inocentes se ha secado y extinguido. Se diría que la vida se había refugiado toda entera, y concentrado en los órganos de los sentidos. Pero estos mismos órganos, gastándose prontamente, se ven acometidos de tropel por los achaques, dolencias, enfermedades y dolores.

He visto, y ¡ay! no se borrará este espectáculo jamás de mi memoria; he visto algunas de estas desgraciadas víctimas de una pasión devoradora, en la flor de la edad ofrecer ya la asquerosa imagen de una completa decrepitud. La frente calva, las mejillas pálidas y hundidas, el mirar lleno de una tristeza estúpida, el cuerpo trémulo y como encorbado bajo el peso del vicio, cadavéricos, sin acción, sin pensamientos, sin amor, víctimas horribles ya de la disolución; á su aspecto parecíame oír los pasos de los sepultureros que venían á toda prisa á llevarse aquel cadáver.

¡Hasta tal extremo, sin embargo, puede la filosofía degradar al hombre! ¡oh y qué bien justifica por los efectos, lo que no ha tenido rubor de sostener de palabra como un principio incontestable, *que entre el hombre y el bruto no hay mas diferencia real que la del vestido* ¹! Pero esto era colocarle aun á demasiada altura, y para ser consiguiente, es necesario hacerle inferior á las bestias, porque al fin estas, mas felices en esta parte que el hombre, no están como él atormentadas de deseos inútiles, y obedecen á leyes inmutables que las conservan y

¹ *Essai sur les régnes de Claude et de Néron*; tom. II, pag. 140.

conducen á la perfección que les corresponde. ¡Oh hombre! que hablas con tanto orgullo de tu dignidad y grandeza, descende, baja de ese trono que formaste en tu imaginación y en tu pensamiento; la filosofía te lo manda: ven á colocarte detrás de los brutos animales, mas ilustrados y nobles que tú; y sacia tus deseos disgustados ya y fastidiados de Dios, con los deleites vergonzosos é inmundos, que ellos te abandonan sin pesar y sentimiento.

Los dos sistemas absolutos de felicidad, fundados el uno en el orgullo, y el otro sobre los deleites, se combinan y modifican al infinito, segun el carácter, temperamento, preocupaciones y situación de cada individuo; y se puede observar, como una nueva prueba de la influencia necesaria de las doctrinas sobre las acciones, que los filósofos no varían menos en sus reglas prácticas de conducta que en sus principios especulativos, y que hay constantemente una relación exacta entre estos principios y estas reglas. Y como el principio mas general de la filosofía es que no hay ningun principio enteramente cierto, ni ninguna verdad absolutamente incontestable, su regla de conducta principal y mas general es tambien, que no hay regla alguna ciertamente verdadera, ó absolutamente obligatoria. De manera, que siendo todo arbitrario, y la verdad misma no siendo tampoco ya el objeto eternamente subsistente de la inteligencia, sino una operación, abstracta del entendimiento, una propiedad, digámoslo así, individual, las voluntades individuales suceden, y se substituyen á las leyes inmutables del orden; y el hombre, independiente de todo, aislado, separado de sus semejantes, alejado de su Hacedor, rey de la nada que él ha creado al rededor de sí, queda dueño y señor absoluto de crear, amar, y obrar á su arbitrio y segun sus caprichos.

Pero por mas que haga, no podrá mudar la natureleza de las cosas, ni hallar la paz en el seno del desorden. El único deber, dicen, la única obligación es hacerse feliz; cuando al contrario, la verdadera, única y sólida felicidad es sujetarse, y ceñirse á la práctica rigurosa de los deberes y obligaciones. Júntense en uno todos los deleites y placeres, diversifíquense cuanto quieran, multiplíquense sin fin, no se tardará mucho en sentir su insuficiencia y

vacío. Estos frutos de la tierra, incapaces de satisfacer el hambre del corazón, aunque alhagüenos en lo exterior, ocultan todos una secreta y punzante amargura. Los deleites, y las afecciones mismas se gastan y consumen, con dolor y prontitud; y son bien conocidas las quejas lamentables que arrancaba al gran Bossuet la inconstancia de nuestras amistades pasajeras, *que se van y pasan con los años, y los intereses*. Lo mismo sucede á ese ardor, y esa ansia que nos arrastra hácia las ciencias, igualmente que á los dulces sueños, é ilusiones encantadoras con que nos saboreamos en la juventud. Todo pasa, y no deja en pos de sí mas que el disgusto, la ansiedad, y ese *tedio inextinguible que forma el fondo de la vida humana*¹. Así es que todo lo que no hemos aun experimentado, lo que nos es desconocido, viene á ser para nosotros una especie de infinito que el alma abraza ansiosamente, como un objeto proporcionado á la extensión de sus deseos. Pero cuando ella á pocos momentos advierte y conoce su error; cuando descubre la limitación, y siente el vacío, y la nada de aquel objeto que la embelesaba y seducía; entonces el encanto cesa, y cae en una tristeza profunda; repeliendo, y alejando de sí hasta la esperanza, se alimenta con un gozo sombrío y melancólico de sus propias angustias, y busca en una estupidez, á que siguen largos sufrimientos, una fría imagen de descanso. Recurso vano; la enfermedad va en aumento, y en llegando á su último término, conduce á los desgraciados que están tocados de ella, á un crimen execrable, el único irremisible, porque es el único de que no se da ya arrepentimiento. Arrojadlos lejos de la fuente de la verdad y del amor, se libran de una existencia que se les ha hecho intolerable; y el alma, privada de todo bien, pretende sepultarse bajo las ruinas del cuerpo, al modo que un rey destronado se sepulta bajo las de su palacio.

Y no nos imaginemos que graduando y mezclando artificiosamente los placeres, corriendo perpetuamente de unos en otros, se pueda prevenir el tedio, y satisfacer plenamente los deseos. No; porque además de que á ninguno es posible evitar los innumerables males anejos á

¹ Bossuet.

esta vida presente, las enfermedades, los pesares, desazones, achaques y dolencias de la edad, la pérdida de los amigos y de los parientes, las injusticias, é ingratitudes; además de que las ventajas de la condición, talento, del cuerpo y de la fortuna no dependen en manera alguna de nuestra voluntad, hay tambien entre los bienes de aquí bajo, y las necesidades de nuestro corazón, una desproporción que no hay medio alguno en el mundo que pueda hacerla desaparecer. Pero sobre todo, aun cuando estos bienes fuesen tan reales y verdaderos como son vanos y quiméricos, no por eso, serian tampoco mas á propósito, en suposición de que todo se acabe para nosotros en la muerte, para procurar la felicidad á que aspiramos. Siendo como somos criaturas finitas, y por el hecho mismo esencialmente limitadas, incapaces de abrazar á un tiempo todas las verdades que querríamos conocer, y todas las perfecciones que deseáramos amar, solo por una serie infinita de actos sucesivos podemos llegar á tocar el término á que nos dirigimos, y alcanzar el fin para que fuimos criados: de donde se sigue que siendo necesaria una duración sin término ó eterna, para el cumplimiento de nuestros deseos, ó el desarrollo perfecto de nuestras facultades, la filosofía que no anuncia al hombre mas que la nada, es tan contraria á su naturaleza como conforme la Religión que le promete la inmortalidad. Y ciertamente, si hubo jamás una doctrina bárbara y desconsoladora, eslo sin duda la que dice á los hombres, condenados por la mayor parte á duros y continuos trabajos, á la indigencia, privaciones, abatimientos y dolores de toda especie; *Páced y morid*; esa es vuestra herencia, no esperéis otra jamás.

Rousseau, á pesar de sus extravíos, tuvo á lo menos horror de esta triste y desoladora filosofía. « Tiemblo, » escribia á un discípulo de Diderot, y me estremezco al » veros contristar, y afligir á la Religión en vuestros es- » critos. Desconfiad, querido Deleyre, de vuestro genio » satírico. Sobre todo, aprended á respetar la Religión; la » humanidad misma os impone este respeto. Los grandes, » los ricos, los dichosos del siglo se regocijarían en ex- » tremo de que no hubiese Dios; pero la esperanza de » otra vida consuela en esta al pueblo y al miserable des-

» dichado. ¡Qué crueldad, el quererles quitar tambien » esta esperanza ¹!»

Por lo demás, ya hemos visto á que se reduce, y que es en sustancia esa pretendida é imaginada felicidad de los grandes, ricos, y afortunados del mundo. Vista de léjos, se asemejan á aquellos maravillosos y encantadores palacios que parecen descubrirse en el horizonte de los mares que bañan las riberas de Nápoles: acercaos, ¿y qué hallais? vapores condensados, y nubes preñadas de tempestades y borrascas.

Y no olvidemos que el mérito y valor de los bienes no depende únicamente de su naturaleza, sino tambien de

¹ *Oeuvres de Rousseau*, édit. de Paris, 1788, tom. XXXI, pag. 202. Alejandro Deleyre, criado en sus primeros años con buenos maestros, mostró por algun tiempo una piedad ejemplar; pero por desgracia habiendo trabado en París amistad con Montesquieu, D'Alembert, Diderot, Rousseau y Ducloux, se impregnó en los principios filosóficos. Compuso varios artículos para la Enciclopedia, entre otros el de *fanatismo*, con un tono, y tal *fanatismo filosófico*, que motivó esta carta de Rousseau. Pero Deleyre no se aprovechó de unos consejos que por otra parte Rousseau no apoyaba con su ejemplo. Su impiedad era tal, que los sacerdotes de su parroquia se negaron á celebrar su matrimonio. Publicó entre otras obras el *Genio de Montesquieu*, y el *Espíritu de Saint-Evremont*; y por el favor del duque de Nivernais obtuvo la plaza de secretario de los carabineros: despues fué agregado á la embajada de Viena, y nombrado bibliotecario para la educacion del duque de Parma, cuyo ayo principal era Condillac. En qué manos se ponian los destinos de los Principes! Vuelto á París, con una pension de dos mil libras, ayudó á Raynal en la eleccion de materiales para su *Historia del Comercio de las Dos Indias*. Empapado en todas las ideas liberales sobre la *Soberanía del Pueblo*, abrazó con furor la causa de la revolución. Diputado á la *Convencion*, votó la muerte del rey Luis, sin apelacion, y pronunció con esta ocasion un discurso lleno de inectivas contra los reyes y sacerdotes; que siempre los enemigos del altar lo han sido del trono. En 1795 tuvo la direccion de las escuelas *normales*, en seguida fué miembro del consejo de los *quinientos*; y al fin en la ereccion del *Instituto*, constituido individuo en la clase de las ciencias políticas y morales. Murió el 1797. ¿Qué influjo el de las buenas ó malas compañías! Deleyre, súbdito fiel, bueno, piadoso con los buenos, por juntarse con los filósofos se convirtió en un impio y un regicida: temian los padres descuidados por sus hijos, y velen sobre ellos.

su duracion. Contenta y se goza poco de lo que al momento nos falta, ó puede faltarnos á cada instante; de ahí esas anticipadas y largas previsiones por las cuales el hombre prolonga en su imaginacion su existencia en un porvenir indefinido. La filosofía misma, asombrada de ese deseo que tienen los hombres de perpetuar su ser, y desesperada de poder contrarestarle y vencerle, se ha creído obligada por condescendencia sin duda á una debilidad tan general, á prometernos la inmortalidad ¹

¹ Véase la obra de Condorcet, intitulada: *Esquisse d'un Tableau historique des progrès de l'esprit humain*, en donde este autor expone el celebrado sistema de la *perfectibilidad* del hombre hasta lo infinito, y anunciando á las generaciones futuras, para cuando no haya reyes ni sacerdotes, unas luces, unas virtudes, *una felicidad de que no es posible formarse idea*, promete al hombre la prolongacion *indefinida* de su existencia en la tierra. En medio de estas extravagancias, y de estas locuras, ¡qué consuelo es para la religion ver á una filosofía atea obligada á confesar que la felicidad del hombre está en su perfeccion, y que él es llamado á una perfeccion *infinita*, la cual no puede lograr sino con una sucesion *indefinida* de tiempo! Este solo principio, bien entendido, debe hacer abrazar la religion á todo incrédulo que racione. El marqués de Condorcet se hizo notar en un principio por sus progresos en las matemáticas, y despues mas por sus furors contra la religion: admirador exaltado de Voltaire, viajó de propósito á Ferney para visitar ó venerar á aquel filósofo, y participó tanto de su veneno filosófico, que sus mismos amigos le llamaban el *carnero rabioso*, *le mouton enragé*. Declarado republicano desde la guerra de la América, lo fué desde el momento en que estalló la revolución: escribió sobre las *juntas provinciales*; y cuando el viaje desgraciado del rey Luis XVI á Varennes, pidió en la asamblea su *suspension*, y redactó el *Manifiesto á los Franceses* para motivar esta medida: adherido al partido de la *Gironda* votó por la pena mayor contra el rey, como no fuese la de muerte; y formó parte de la odiosa comision de *Salud pública*, y de la de *Constitucion*. Al fin proscrito por Brissot, y huyendo de unas en otras partes, se quitó la vida con un veneno que llevaba siempre prevenido. Lo que asombra es, que esta obra aquí citada, en que tanto declamó contra los sacerdotes y los reyes, la escribiese en este tiempo en que se veia perseguido de los enemigos de unos y otros. Tan cierto es que cuando el hombre se abandona á los principios filosóficos, todo, hasta su interés, cede al deseo del triunfo de su opinion. Fomentado Condorcet en sus primeros años por el obispo de Lisieux, convirtió sus tiros contra la Iglesia y sacerdocio; y malogrando sus talentos, que le pudieran ha-

en la tierra, pero dejando á los siglos futuros la ejecucion de sus promesas consoladoras.

Mientras llega, la ley general se ejecuta. El tiempo, á quien nada detiene, trae velozmente á cada uno su hora postrera, y llegándose al ateo le anuncia que es preciso morir. ¿Qué le sucede, qué pasa en él en este momento? ¡Ah! Quiero suponer, lo que es casi imposible, que haya sofocado los remordimientos, y que ni duda alguna turbe ni alarme su incredulidad: ¿está por eso libre de terror, de angustias y congojas? Preguntad á los que han visto al ateo en el lecho de la muerte; no tocado de una de esas enfermedades que privan del uso de los sentidos y de las facultades del alma, sino con todo su conocimiento, y gozando enteramente de sus facultades morales, y sabiendo que va muy pronto á espirar. La imágen viva de lo que pierde, ocupa todo el espíritu del moribundo. Inclinationes, amistades, hábitos, costumbres, mil lazos que le unian á la vida se rompen de una vez; rompimiento horroroso, que separando repentinamente al alma de todo lo que amaba en este mundo, la deja sola, herida, y lastimada en un vacío infinito. Aquel abismo sin fondo adonde va á descender, aquella soledad oscura, aquel silencio eterno, aquel sueño frio, aquella noche perdurable que jamás tendrá aurora, aquella privacion de todo bien, junto con el deseo invencible de ser feliz, todas estas ideas, y otra infinidad de ellas no menos desoladoras, pesan sobre aquella alma miserable, la trastornan, la despedazan, y dan principio á su espantoso suplicio. ¿Mas qué diré de su miserable situacion, si la considero con algunos aunque débiles restos de duda sobre los principios que se habia formado? ¿Cómo pintar sus ansiedades, sus remordimientos, su arrepentimiento tardío casi sofocado por la desesperacion, y aquel mirar consternado que no encuentra por todas partes mas que inconsolables recuerdos de lo pasado, y un porvenir sin esperanza? No es entonces la nada la que teme; al contrario la desea, la llama de todo su corazon; pero en

ber hecho célebre en las ciencias, se ha hecho odioso á la posteridad. Notable casa es que todos los filósofos impíos hayan sido revolucionarios.

vano; la eternidad sola le responde. Corramos un velo sobre lo que resta de está escena espantosa, y dejemos al infierno sus secretos.

Sin embargo es preciso decirlo para gloria de la fe; hay pocas incredulidades que no vacilen y se estremezcan al aspecto de la muerte. De cualquiera manera que se haya vivido, al menos se desea morir en los brazos de la Religion, y en el seno de sus esperanzas: la razon fluctuante hasta entonces, se fija al acercarse la eternidad, cuya luz formidable disipando todas las flusiones, aumenta de tal modo el brillo de la verdad, que solo una larga y funesta costumbre de no creer, junta con un orgullo sin medida, puede entonces hacerla desconocer; efecto á veces de una espantosa permission de Dios, que es principio ya de sus venganzas¹. El mismo Bayle, á pesar de ser un escéptico, hace esta observacion: « Casi todos los que viven en la irreligion, dice, no hacen » mas que dudar; no llegan jamás á la certidumbre. Por » eso al verse luego en peligro, en el lecho de una en- » fermedad, donde la irreligion ya de nada les sirve, » toman el partido mas seguro, que promete una felici- » dad eterna, en caso que sea verdadero, y que no expone

¹ Se puede formar una lista bien larga de los incrédulos que en la hora de la muerte han rendido sus homenajes y respeto á la religion. No citaremos mas que algunos de los mas célebres, y cuyo nombre es mas conocido. Boulanger, Toussaint (*Véase sobre este la pág. 150*). Boulainvilliers, el marqués de Argens, Montesquieu, Maupertuis, Buffon, Dumarsais, Fontenelle, Damilaville, Thomas, Bouguer, de Langle, Tressau, Mercier, Palissot, Soulavie, Larcher. Diderot queria tambien confesarse; pero le quitaron todos los medios de conseguirlo. De d'Alembert, decia Condorcet: *Si no ha sido por mí, canta la palinodia*. Las mismas precauciones, á lo que aparece, se tomaron contra la *debilidad* de Voltaire, el cual, segun la relacion de Tronchin (médico protestante que le asistió), murió entre convulsiones rabiosas, y lanzando el grito fatal de: *Muero abandonado de Dios y de los hombres*. Juan Jacobo Rousseau, segun todas las apariencias, se quitó la vida á sí mismo. Habia escrito en favor del suicidio, despues en contra de él, y terminó autorizándole con su ejemplo (*en las Memorias para la historia del siglo XVIII, año de 1778, t. III, pág. 185, traduc. española, se da por mas que probable que fué de un pistoletazo.*)

» á ningun riesgo, dado que fuere falso ¹. » La vanidad cede entonces á otro interés mayor. « Si ellos son locos con extremo, decía Montaigne, no son igualmente fuertes y arriesgados : no dejarán de juntar y levantar sus manos al cielo, si les dais una estocada en el pecho ; y cuando la enfermedad ha calmado ya el hervor licencioso de su humor voluble é inconstante, no dejarán de volver en sí, y dejarse dirigir discretamente por la creencia y los ejemplos públicos. Hay mucha diferencia de un dogma meditado seriamente, y esas impresiones superficiales, originadas de la disolución de un espíritu desconcertado, que temeraria é inciertamente ruedan por la fantasía. Hombres miserables y descabellados, gentes sin seso, que se empeñan en ser peores de lo que pueden ser. »

No obstante, es por desgracia cierto, que á fuerza de pertinacia y de trabajo se puede llegar á corromper de tal manera la razon, que se haga casi imposible su vuelta á la Religion en la hora de la muerte. La duda, voluntaria en los principios, se arraiga luego en el alma, crece, se afirma, y no se puede arrancar sino con grandes esfuerzos. El prodigio mayor de la omnipotencia de Dios, es una conversion repentina ; pues no se necesita para ello menos que la suspension de las leyes de la naturaleza y de la moral. No creer cuando se desearia creer y cuando se conoce su ventaja y la necesidad, es el castigo de no haber creído por una resistencia culpable de la voluntad, en aquel mismo tiempo en que nos arrastraba con todo su peso hácia la verdad manifiesta. Negándose el entendimiento pervertido á toda conviccion, la única doctrina que queda es un escepticismo absoluto ².

¹ *Dictionnaire critique*, art. *Bion*.

² El ejemplo que voy á citar es tan convincente que me excusa de dar otra prueba. Estando el celebre médico Barthez próximo á la muerte (acaeció está en 1806), una persona de la mas alta recomendacion, que tenia con él algunas relaciones, fué á visitarle con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos de la religion, que su situacion debia hacerle tan apetecibles. Hallólo, como se lo habla pensado, triste, sombrío, inquieto. Por mas que procuraba disimular, su turbacion y angustias se manifestaban á cada instante. Este amigo, conmovido de su situacion, y viéndole padecer, le habló de

« Hé aquí lo que puede el hombre por sí mismo con respecto á la verdad y á la felicidad. Ni el *nogmatismo* puede vencer la imposibilidad en que nos hallamos de probar lo verdadero, ni el *pirronismo* puede triunfar de la idea de la verdad que poseemos. Deseamos la verdad, y no encontramos en nosotros mismos mas que incertidumbre. Ansiamos, anhelamos por la felicidad, y no hallamos mas que miseria. No podemos dejar de desear la verdad y la felicidad, y somos incapaces de una y otra.... La voluntad no da un paso, por pequeño que sea, que no se dirija hácia este objeto ; este es el móvil de todas las acciones de los hombres, aun de los mismos suicidas ; y sin embargo, despues de tantos dias, de tan larga serie de años, no ha habido uno que sin la fe, sin la Religion, haya llegado á este punto, adonde todos continuamente se dirigen. Todos se quejan de su suerte ; reyes, príncipes, súbditos,

la Religion, único recurso capaz de consolarle. Pero habia ya mucho tiempo que la duda é indiferencia se habia enseñoreado de su alma para que diese lugar á ninguna creencia. — ¡ Creer ! dijo : esto es propiedad exclusiva de los tontos : ya nadie cree cosa alguna sino los necios. — Nada ? ¿ pues no hay materia y cuerpos ? — Yo ni sé lo que es eso, ni lo que con ello se quiere decir. — ¿ Pero interiormente la conciencia ?... — Eso es efecto de las preocupaciones : si me hubiesen inspirado otras en mi niñez, ella creeria bueno todo lo que cree malo, y no me causaria ahora turbacion alguna. — Pues ¡ qué ! ¿ nada hay cierto para vos ? ¿ pues no es mejor, por ejemplo, no asesinar á su padre que asesinarle ? — Monsieur, replicó el enfermo, si se ha de hablar ingenuamente, yo en verdad no sé sobre qué principio podemos, en buena filosofia, apoyarnos para decidirlo : nada sé. — ¿ Pero las matemáticas no tienen alguna certeza á vuestros ojos ? — En las matemáticas veo una serie de consecuencias perfectamente conexas ; pero por lo que respeta á su base, no sé cual es. — ¿ Estais seguro que no teneis nada que temer ? — Nada sé. — De allí á pocos dias Barthez ya no existia (Barthez fué médico de consultas de Bonaparte, y antes lo habia sido del rey : amigo de la mayor parte de los filósofos impíos, y uno de los colaboradores del Diario de los sábios, publicó varias obras de medicina, en las que trabajó por extender ese bajo materialismo que abate al hombre á la triste condicion de las bestias. Sirva de cautela para los profesores de esta facultad que lean sus obras. De nada sirven los conocimientos, si nos han de hacer eternamente desdichados.)

» vasallos, nobles, plebeyos, jóvenes, ancianos, fuertes
 » y débiles, sabios, ignorantes, sanos, enfermos, de todo
 » país, tiempo, edad, sexo, condicion.

» Una experiencia tan larga, tan continua, y tan uni-
 » forme, debería convencernos de la imposibilidad en que
 » nos encontramos de llegar por nuestros propios esfuer-
 » zos á la felicidad. Pero la experiencia no nos instruye....
 » Caído el hombre de su estado natural, no hay cosa á
 » que no sea y haya sido capaz de dejarse llevar. Luego
 » que perdió el verdadero bien, todo indistintamente
 » puede parecerle tal, aun su misma destrucción, por
 » mas contraria que sea á un tiempo á la naturaleza y á la
 » razon.... Extraviado visiblemente, siente en sí los
 » restos de un estado feliz, de que ha caído, y que no
 » puede recobrar. Rodeado, y en medio de unas tinieblas
 » impenetrables, le busca por todas partes con inquietud,
 » pero inútilmente y sin suceso¹. »

En efecto, es absolutamente indispensable que el
 hombre busque su felicidad, y que la busque ó en Dios, ó
 en sí mismo, y en los objetos que le rodean. Si dócil á
 las instrucciones de la Religion, considera á Dios como
 su verdadero bien, la virtud, que es el amor al orden, ó
 la preferencia que respecto de sí mismo da á los otros por
 Dios, se identifica para él con el amor de la felicidad, ó
 del bien estar.

Mas si busca su felicidad en sí, obligado á colocarla ó
 en el alma ó en el cuerpo; viene á ser infaliblemente
 esclavo del orgullo ó de la sensualidad y del placer; por-
 que el orgullo no es mas que el sentimiento de una alma
 que se complace y se paga de sí misma, y se ama como á
 su último fin. Así es que el efecto inevitable de toda
 filosofía irreligiosa es un refinado egoismo: por consi-
 guiente, toda filosofía impía es esencialmente destructiva
 del orden y de la virtud; y así como la irreligion conduce
 á todos los vicios, así el hábito y costumbre de pecar
 conduce á la irreligion; porque es muy natural que el
 hombre se procure persuadir que la felicidad está donde
 él la busca, y que, cuando el desorden se ha enseñoreado
 de los afectos é inclinaciones, la voluntad introduzca

¹ *Pensées de Pascal*, chap. 21.

tambien el desorden en los pensamientos para terminar la
 guerra dolorosa entre los apetitos y la razon. Asimismo,
 cualquiera que despues de haber creído, deja de creer,
 cede sin duda á un interés de orgullo ó de deleite; y en
 este particular apelo sin temor á la conciencia de todos los
 incrédulos¹.

¹ Este carácter duplicado de orgullo y de voluptuosidad, se mani-
 fiesta singularmente en las palabras, obras, instrucciones, doctrinas,
 conducta, y hasta en el tono altanero, arrogante, seco, decisivo, des-
 deñoso y amargo de los filósofos de todos los siglos, llamados con
 tanta razon por san Jerónimo *animales de gloria*. Un filósofo *man-
 so y humilde de corazon*, y un filósofo casto, serian en efecto el fe-
 nómeno moral mas inexplicable; pero no hay que temer, no nos ve-
 remos en el embarazo de explicarlo: donde acaba el orgullo comi-
 enza la fe. Siendo de tanto peso para los filósofos la autoridad de
 Rousseau, apoyaremos estas observaciones con sus mismas confe-
 siones y ejemplo. « Aun quando, dice, los filósofos se hallasen en
 » estado de descubrir la verdad, ¿cuál se tomaria interés por ella?
 » Todos y cada uno sabe bien que su sistema no está mejor fundado
 » que el de los demás; pero lo sostiene, porque es suyo. No hay si-
 » quiera uno de ellos, ni uno solo, que aunque llegue á conocer lo
 » verdadero y lo falso, no prefiera la mentira inventada por él, á la
 » verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que por un
 » vislumbre de celebridad de gloria no engañaria voluntariamente
 » al género humano? ¿Cuál de ellos se propone en el secreto de su
 » corazon otro objeto que el de distinguirse? Con tal que él sea en-
 » salzado sobre el vulgo, ó eclipse la gloria de sus concurrentes ó
 » rivales, lo demás ¿que le importa? El punto esencial está en
 » pensar de distinta manera que los demás. Entre los que creen es
 » ateo, y entre ateos creyente. (*Emile*, t. III, p. 30). » — Séneca no
 se detiene en colocar sobre Dios á su pretendido sabio. Horacio no
 pedía á la Divinidad mas que salud y riquezas; por lo demás él sa-
 bria adquirirse la perfeccion moral: *Det vitam, det opes, æquum
 mihi met animum ipse parabo*; y en efecto, dió la prueba en sus
 poesias licenciosas. Las costumbres de los filósofos griegos, sin excep-
 tuar los mas graves, son bien conocidas; y si se duda de su orgullo,
 léase á Luciano, que con tanta gracia se burla de ellos, y que siendo
 él mismo tambien filósofo, se rie segun la máxima favorita de
 d'Alembert, de todo, y lleva la inmoralidad hasta el último grado de
 cinismo. No nos quedan mas que algunos restos de los monumentos
 de la antigüedad; pero esto poco es mas que suficiente para justifi-
 car la observacion de Montaigne, de que en todas las clases y escue-
 » las de la filosofia antigua, un mismo obrero publicaba en ellas re-
 » glas de templanza, y juntamente escritos amorosos y de disolucion